

Ignacio Otaño



La Buena
Noticia
de la semana

Ciclo A

EMAÚS 135

CPL
editorial

La colección Emaús ofrece libros de lectura asequible para ayudar a vivir el camino cristiano en el momento actual.

Por eso lleva el nombre de aquella aldea hacia la que se dirigían sus discípulos desesperanzados cuando se encontraron con Jesús, que se puso a caminar junto a ellos, y les hizo entender y vivir la novedad de su Evangelio.

Ignacio Otaño

La Buena Noticia de la semana

Ciclo A

Colección Emaús 135
Centre de Pastoral Litúrgica

Director de la colección Emaús: Josep Lligadas

Diseño de la cubierta: Mercè Solé

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA
Nàpols 346, 1 – 08025 Barcelona
Tel. (+34) 933 022 235 – Fax (+34) 933 184 218
cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición: septiembre 2016

ISBN: 978-84-9805-520-7
Depósito legal: B 20425-2016

Printed in UE

Imprime: Open Print S.L.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Ascensión del Señor

UNA EXPERIENCIA MÁS PROFUNDA

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo ellos se postraron, pero algunos vacilaban. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: “Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”. (Mt 28,16-20)

Hay personas de buena voluntad que han aportado mucho a la humanidad y, sin embargo, abandonan este mundo sin haber encontrado sentido a su paso por la tierra. El Premio Nobel de Fisiología y Medicina de 1959 Severo Ochoa (1905-1993) decía un poco antes de morir: “Siento irme de este mundo sin saber exactamente dónde he estado”.

Por su parte, el filósofo rumano Emile Cioran (1911-1995), que aborrecía ser llamado filósofo y aseguraba que no aguantaría ni un solo día en el paraíso, se preguntaba: “¿Cómo explicar entonces la nostalgia que tengo de él?”. Y añadía: “No la explico; vive en mí desde siempre, estaba en mí antes que yo”.

En contraste con esa nostalgia, puede considerarse una encuesta realizada por el escritor José M^a Girone-lla (1917-2003) a mediados de los años noventa. Una

gran parte de las personalidades que se declararon creyentes contestaron negativamente a la pregunta de si habían tenido alguna experiencia de tipo religioso. Más explícito fue José María Aznar, entonces jefe de la oposición, que, tras decir que no había tenido ninguna experiencia religiosa, añadió: “Tampoco la espero ni experimento deseo alguno de ella”.

Jesús comprende las dificultades para ver más hondo y elevar la vista más arriba y más allá de lo que se ve o se toca. No rechaza a nadie y admite a los que le siguen con paso vacilante: entre los que asisten a su despedida, *algunos vacilaban*.

La Ascensión de Jesús nos invita a mirar más allá de lo inmediato. El secretario general de Cáritas española, Sebastián Mora, cree que “hoy en día sin una espiritualidad viva es imposible tener un compromiso con el mundo de la pobreza. Pienso que la oración y la visión contemplativa de la actividad es absolutamente indispensable para el compromiso con los más pobres”.

Al despedirse, Jesús deja a los suyos el encargo de no guardarse para sí el tesoro que han recibido. Les anima a *hacer discípulos*, es decir, a facilitar a las personas el encuentro con el Maestro; a *enseñar a guardar todo lo que os he mandado*, o sea, a vivir y transmitir los valores evangélicos vividos con él, que nos hacen más humanos y construyen una humanidad mejor.

Para realizar eso no se necesita tener ideas geniales o ser superdotado ni hacer planes estratégicos extraordinarios que vayan arrollando a su paso. En la

evangelización, “hay que pasar de elefantes a hormigas” (P. Richard). El Sínodo de Obispos sobre la nueva evangelización (7 al 28 de octubre de 2012) destacaba la importancia de la familia en la educación de la fe del niño y concretaba el aspecto de la oración: “Es útil para los padres rezar junto al niño para habituarlo a reconocer la presencia amante del Señor. Esto les permite ser testigos autorizados ante el mismo niño”.

Pentecostés

EL ESPÍRITU Y NOSOTROS

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. En esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: “Paz a vosotros”. Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: “Paz a vosotros”. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.

Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”. (Jn 20,19-23)

El 5 de agosto de 1968, el patriarca de Antioquia, Ignacio Hazim, en la inauguración de la Conferencia ecuménica de Upsala (Suecia), pronunció un discurso sobre el Espíritu Santo, que algunos calificaron de memorable. He aquí algunas de sus ideas. Como en todo extracto, quedan párrafos importantes sin reproducir...

Sin el Espíritu, Dios está lejos, Cristo pertenece al pasado; el Evangelio es letra muerta; la Iglesia, una simple organización; la autoridad, despotismo; la misión, propaganda; el culto, una evocación mágica; el comportamiento cristiano, una moral de esclavos... Gracias al Espíritu, sin embargo, Dios es cercanía infinita, infinita Ternura, Amor-Amistad, Presencia

viva, Misericordia entrañable, Trinidad-Familia, misterioso Hogar, el gran Amigo del hombre, que quiere su plena realización, como activo colaborador suyo, y que respeta temblorosamente su libertad. Entonces, la adoración no es esclavitud sino “el éxtasis de amor”.

Con el Espíritu Santo, Dios para nosotros es *Abbá*. Y nosotros somos para él hijos pequeños, entrañablemente amados...

Sin el Espíritu, Jesús es simplemente un personaje histórico, que vivió y que pertenece irremediablemente a ese pasado, que nos dejó ciertamente un magnífico ejemplo de vida y un esplendoroso mensaje doctrinal, pero nada más... Con el Espíritu, en cambio, Jesucristo está infinitamente vivo y presente y es la persona más actual del universo, contemporáneo de todos los hombres. Más íntimo a nosotros que nosotros mismos.

Sin el Espíritu de Jesús, la autoridad es poder y dominio. Sin el Espíritu, la autoridad se convierte en autoritarismo o en permisividad... En cambio, con el Espíritu Santo, la autoridad es *diakonía*, servicio humilde de amor a los hermanos y, por lo mismo, un auténtico servicio de liberación, que garantiza y promueve la verdadera libertad de los hijos de Dios.

Sin el Espíritu, la vida “cristiana” deja de ser verdaderamente *cristiana*, porque ya no es una vida en Cristo y desde Cristo; y deja también de ser también verdaderamente *espiritual*, porque no es una vida en el Espíritu y desde el Espíritu. Y la moral se hace una “moral de esclavos”... Sin embargo, con el Espíritu Santo, la

vida es de verdad *cristiana y espiritual*, tomados estos adjetivos en su sentido más riguroso y profundo. Porque Cristo y el Espíritu son de verdad los auténticos protagonistas de esta vida y la persona humana se *deja guiar*, “*vivir*” y *vivificar por Ellos*, alcanzando, de este modo, la más alta cumbre de la humanización y de la divinización.

Santísima Trinidad

AMOR QUE SE EXPANDE

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será condenado, el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios”. (Jn 3,16-18)

El panadero emplea tres elementos distintos: la harina, la levadura y el agua. Son tres elementos distintos cuya unión hace posible el pan.

Este es uno de los muchos ejemplos, imperfecto como todos ellos, que se emplean para tratar de acercarse al concepto de Dios uno y trino, “tres personas distintas y un solo Dios verdadero”.

Como todos los ejemplos que se ponen conjugando el uno y el tres, se queda muy corto a la hora de explicar el significado de la Trinidad. Por de pronto, quiere de-

cir que “el Dios único no es un Dios solitario y muerto, que Dios es más bien, en sí mismo, vida y amor” (W. Kasper). Compartir porque ama es sustancial a Dios.

El texto evangélico de hoy pone de relieve que el amor de Dios no se reduce a la esfera divina interna sino que se hace entrega al ser humano. Y es que, como decía Goethe, “un corazón que ama a una persona no puede odiar a nadie”. Y el poeta inglés Rupert Brooke (1887-1915) asegura que “una vez que alguien ama, porque tal vez se le ha enseñado a amar, ama bien, quiero decir, ama a todos y todo. Lo conocido y todo lo que tiene vida”.

Porque su amor trinitario no puede ser excluyente, Dios lo comparte con cada uno de los hombres y mujeres en el mundo. Por eso, según Teilhard de Chardin (1881-1955), “en nombre de nuestra fe tenemos el derecho y el deber de apasionarnos por las cosas de la tierra”. El Hijo no ha sido enviado al mundo *para condenar al mundo sino para que el mundo se salve por él*.

El propio Teilhard de Chardin lamenta la embarazosa división interior que se da en algunos cristianos entre entrega a Dios y trabajo en el mundo. Piensan que el tiempo transcurrido en la oficina, en el estudio, en el campo o en la fábrica es algo que no tiene nada que ver con Dios. Es importante la intención de realizar la acción para responder a lo que Dios quiere de mí; a eso me ayudará la oración que guíe mi deseo. Al mismo tiempo, se necesita “alimentar uno con el otro, el amor de Dios y el sano amor al mundo”.

Jesús, el Hijo enviado por el Padre, amó tan apasionadamente al mundo que entregó su vida por él. Del mismo modo, el cristiano tiene que apasionarse en la propia actividad cotidiana, con la convicción de que está colaborando así al cumplimiento del mundo en Cristo. No puede haber separación entre culto y vida, sino que, como insiste Pablo, hay que hacer de toda la persona, en su integridad de ser y hacer, un culto agradable a Dios: “Presentaos a vosotros mismos como ofrenda viva, santa y agradable a Dios” (Rom 12,1). No en vano dice el Concilio Vaticano II que “aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios”.

Corpus Christi

INVITADOS A LA MESA

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que come de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”. Disputaban entonces los judíos entre sí: “¿Cómo puede este darnos a comer su carne?”

Entonces Jesús les dijo: “Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo; no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron: el que come este pan vivirá para siempre”. (Jn 6,51-59)

Dice el papa Francisco: “La Eucaristía, si bien constituye la plenitud de la vida sacramental, no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y un alimento para los débiles”.

Es que la Eucaristía es la cena de Aquel *que comía con los pecadores*. Que Jesús coma con los pecadores significa la acogida y el perdón de Dios, que acepta la comunión con el pecador. Que Jesús resucitado com-

parta la mesa con sus discípulos, que antes lo habían abandonado, significa que, a pesar de todo, son readmitidos en la mesa como invitados.

Es un signo sensible de perdón. Desde esta perspectiva, la Eucaristía es el *sacramento de la ternura de Dios*. Como dice el propio Papa Francisco, “la Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre”, tiene que actuar como Jesús, que compartía la comida con toda clase de personas, sin excluir nunca a nadie.

La ternura de Dios que el comensal acoge hay que llevarla al hermano. A veces no resulta fácil la *reconciliación*. Se puede uno sentir tan herido que se ve incapaz de perdonar. La invitación a la mesa que personalmente me hace Jesús me puede ayudar a ir superando, con la ayuda de los hermanos, mis odios y rencores. Ya es un paso responder con un sí, aunque sea tembloroso, a la propuesta de Jesús.

Jesús no excluyó a nadie de sus comidas. Pero es evidente que compartió su comida preferentemente con los más *pobres*. Por eso, los primeros cristianos subrayaban la *fracción del pan*, acción que servía para denominar a su reunión. Se partía el pan para distribuirlo. La “fracción del pan” y el *servicio a los pobres* iban conaturalmente unidos. Se actualizaba así la multiplicación de los panes y se ponía en práctica lo que había dicho Jesús: “dadles vosotros de comer”. Tan importantes eran y tan unidos iban Eucaristía y ayuda a los pobres que, para S. Ignacio de Antioquia (s. II), los herejes de su tiempo son los que “se abstienen de la Eucaristía y de la oración, y se abstienen asimismo de

ejercer la caridad con los presos, con los hambrientos y los sedientos”.

Jesús asegura que él es el pan vivo que ha bajado del cielo y que *quien come de este pan vivirá para siempre*. Eso supone intentar avanzar cada día en la *comunión* con Jesús también en las actitudes y criterios de vida, sin desanimarnos por el hecho de vernos limitados, con defectos y... pecadores.